
**ANÁLISIS SOCIO-SIMBÓLICO
DE RELATOS DE VIDA DE MUJERES JEFAS DE FAMILIA
CON HIJOS USUARIOS DE DROGAS**

Centros de Integración Juvenil A.C.
Dirección de Investigación y Enseñanza
Subdirección de Investigación

Nancy Leticia Castillo Vite
José Luis Chacón Moreno
Bruno Díaz Negrete

Informe de Investigación 06-09

PRESIDENTE DEL PATRONATO NACIONAL

Dr. Jesús Kumate Rodríguez

PRESIDENTE VITALICIO

Lic. José Gómez Gordo

VICEPRESIDENTE

Lic. Ernesto Enríquez Rubio

VICEPRESIDENTE

Lic. Mario Luis Fuentes Alcalá

PRESIDENTA DE LA COMISIÓN DE VIGILANCIA

Sra. Kena Moreno

DIRECTOR GENERAL

Dr. Víctor Manuel Guisa Cruz

DIRECTOR GENERAL ADJUNTO DE NORMATIVIDAD

Dr. Lino Díaz-Barriga Salgado

DIRECTORA GENERAL ADJUNTA DE OPERACIÓN Y DE PATRONATOS

Psic. Carmen Fernández Cáceres

DIRECTOR GENERAL ADJUNTO DE ADMINISTRACIÓN

CP. Hugo Basurto Ojeda

DIRECTOR DE INVESTIGACIÓN Y ENSEÑANZA

Dr. Ricardo Sánchez Huesca

SUBDIRECTOR DE INVESTIGACIÓN

Psic. David Bruno Díaz Negrete

Citación: Castillo N., Chacón, J.L., Díaz B.. **Análisis Socio-Simbólico de Relatos de Vida de Mujeres Jefas de Familia con Hijos Usuarios de Drogas. Estudio de Casos Múltiples.** Centros de Integración Juvenil. Dirección de Investigación y Enseñanza. Subdirección de Investigación, Informe de Investigación 06-09, México, 2005.

Agradecemos la colaboración de Marina Velázquez Altamirano en la transcripción de las entrevistas realizadas en el presente estudio.

De igual forma, agradecemos el apoyo para contactar a las personas que participaron en el estudio, a los terapeutas de los CIJs: Coyoacan, Iztapalapa Poniente, Iztapalapa Oriente, UTCE Norte y UTCE Poniente.

Este informe comprende un estudio cualitativo de casos múltiples sobre la base de relatos focalizados autobiográficos obtenidos por medio de entrevistas abiertas con ocho mujeres que ejercen su parentalidad sin apoyo de una pareja. Se utiliza el análisis socio-simbólico de narrativas identitarias con base en la experiencia familiar y en la posición subjetiva asumida por las entrevistadas.

Los hallazgos muestran que la existencia de las mujeres esta mediada por elementos contextuales e históricos, particularmente la familia de origen, que debilitan su desempeño familiar y sus estados emocionales. En el estudio se advierte que las madres solas asumen identidades legitimadoras de estereotipos sociales negativos que favorecen posiciones subjetivas dependientes que niegan acciones y formas relacionales donde las mujeres se muestran capaces de construir y desarrollar procesos de individualización. Asimismo, las mujeres dan cuenta de sí y de su experiencia familiar mediante estrategias narrativas que les permiten organizar contingencias significativas y explicarse a sí mismas dotándolas de sentido e identificando en ellas un lugar para sí de diferentes maneras (fatalismo inminente, estoicismo, azar, épica). La mayoría ratifican el lugar que de por sí ocupan y limitan su capacidad de valerse de los recursos y soportes sociales disponibles, en detrimento de sí y de sus relaciones al interior de la familia.

Con base en esto, se sugiere considerar a la madre sola según el lugar que ocupa en la estructura social donde su actuar está mediado por dinámicas sociales amplias. Promover la formulación de identidades flexibles donde se reconozca la diversidad de elementos constituyentes. Desarrollar habilidades que permitan a los sujetos hacer uso de recursos que conforman estructuras de oportunidad y soporte socio-simbólico. Favorecer que sus construcciones subjetivas les permitan promover alternativas de acción para afrontar las contingencias cotidianas, en ocasiones desbordantes.

	Pag
Introducción	5
Contexto socio-histórico y (re)estructuración de la vida familiar	6
Estereotipos globales de la madre sola	7
Voces de mujeres que ejercen su parentalidad solas	9
Problemática y condiciones de vida de madres de usuarios de droga, en familias monoparentales con jefatura femenina	10
Identidad colectiva	11
Planteamiento del problema	13
Hallazgos	15
Posicionamiento de las mujeres	21
Reconstrucción genérica de los relatos	23
Estructuras de oportunidad y lo que no esta funcionando	24
Implicaciones	26
Bibliografía	28

El presente informe viene a sumarse a una serie de investigaciones que indagan acerca de la experiencia familiar en estructuras domésticas diferentes al modelo social dominante y convencional integrado por mamá, papá e hijos de primeras nupcias. En los casos escrutados no existía presencia del padre, la madre fungía como jefa del hogar supliendo el papel del ausente y al menos uno de los hijos era consumidor de drogas.

Uno de los principales objetivos que se persiguen con estas investigaciones es identificar elementos que permitan el desarrollo de estrategias narrativas discursivas y autobiográficas que puedan integrarse y coadyuvar al desarrollo de los contenidos de los programas de prevención y tratamiento del consumo de drogas en **Centros de Integración Juvenil (CIJ)**.

Como unidades de observación se utilizaron relatos de vida familiar de mujeres que fungen como jefas de familia en unidades domésticas monoparentales, donde no cuentan con el apoyo del padre o de una pareja estable para la crianza y manutención de sus hijos. Se puso atención particularmente en la *construcción subjetiva*¹ de *acontecimientos y circunstancias*, donde las mujeres además de intentar narrar su vida con sentido, proporcionaron una presentación de sí. Piña (1989) aborda la relación entre el relato autobiográfico y la *construcción de una imagen de sí* (imagen identitaria de sí²), señalando que la persona utiliza procesos de carácter interpretativo para reconstruir los hechos de la vida con sentido³ y con un orden lógico⁴ a fin de hacerlos comprensibles para sí y para el escucha.

El interés por la familia monoparental con jefatura femenina, surge porque recientemente ésta ha adquirido mayor visibilidad y legitimidad como parte de las transformaciones experimentadas por la estructura familiar relacionadas con los cambios sociales del último siglo. Al interior de la dinámica familiar y del grupo social se han reordenado elementos estructurales e identitarios en materia de relación, organización y funcionamiento de los integrantes.

La creciente⁵ importancia social de los hogares monoparentales encabezados por mujeres es cada vez más evidente, entre otras causas, por la sensibilidad desarrollada en los modos de obtención de información, las estrategias de registro y el análisis en el ámbito estatal y nacional. Actualmente puede decirse con mayor precisión que en el año 2005, de 22.8 millones de mujeres que son madres en el país⁶, 22.3% son madres solas⁷ (INEGI, 2005).

El interés en familias monoparentales con jefatura femenina considera el contexto histórico específico en que tienen lugar ya que la interrelación contexto/sujeto es mutuamente influyente y la lectura autónoma de ellos propicia una reflexión reduccionista o equívoca. Las problemáticas, contradicciones, necesidades y retos que enfrentan la madre sola y sus hijos, no pueden ser adjudicadas únicamente a las características de la unidad doméstica, sino que son consecuencia o parte de procesos de reestructuración económica y social de contextos sociales más amplios (Giddens 1993, Castells 1997, Gonzáles de la Rocha 1999).

1 Respecto a los relatos de vida familiar la construcción subjetiva implica la forma como representa y evalúa su experiencia familiar.

2 Una forma particular de identidad se construye en términos de personaje (Linares, 1996; Piña, 1989)

3 Explicativo y constitutivo, lo que implica una razón de ser y un sustento de la existencia.

4 Tanto retrospectivo, como prospectivo, Ramoneda le llama orden de la utopía.

5 Los Censos de población y Vivienda del país desde 1930, 1970, 1990 y el Censo de Población y Vivienda 1995, resaltan una proporción relevante de las familias monoparentales encabezadas por la mujer a través del tiempo (de 17 a 18 por ciento por cada 100 habitantes). No obstante, la obtención y lectura de datos representa un problema porque aún el INEGI ha utilizado definiciones imprecisas, lo que genera ambigüedad.

6 Mujeres de 12 años y más que han tenido al menos un hijo nacido vivo.

7 Tomando en cuenta madres que están solteras, separadas, divorciadas o viudas.

La vida cotidiana de los sujetos tiene lugar en medio de condiciones socio-históricas que influyen de diversas maneras tanto en el plano individual, como en la morfología y las dinámicas familiares. De acuerdo a Laclau [2004] lo social es constitutivo de lo existente en la medida que aporta elementos de orden simbólico⁸ al proceso de significación,⁹ lo cual permite a los sujetos identificar regularidades e instaurar un orden en las instituciones y formas de relación y organización. Son éstas estructuraciones relativas, porque no es posible fijar un sentido a la multiformidad de lo social. Para Laclau lo social implica totalidades que más allá de unificar a la sociedad, son parte de un conjunto de efectos totalizantes que en su interior mantienen un complejo relacional abierto.

Algunos elementos socio-históricos que abordaremos en este trabajo tienen que ver con las implicaciones de la “hostilidad económica”, la inserción de la mujer al ámbito laboral, la crisis de la familia patriarcal y la crisis de legitimidad de las instituciones. Estos factores, a nuestro parecer, influyen significativamente en las dinámicas familiares particularmente en la población urbana.

La *hostilidad económica* hace referencia a las condiciones de vida. Por ejemplo; es frecuente que los salarios obtenidos por medio del empleo no cumplan satisfactoriamente las necesidades y presupuestos familiares, lo que conduce a la implementación de estrategias orientadas a lograr mejores niveles de bienestar (González de la Rocha, 1999). Estrategias tales como el incremento de las jornadas laborales o el número de actividades remuneradas, la migración laboral o la inserción de los hijos al trabajo pagado a temprana edad.

La *incorporación de la mujer al mercado de trabajo* le ha permitido, cuando es madre, desarrollar un mayor poder de negociación (Harman 1981, Benería y Roldán, 1987 y Gonzáles de la Rocha 1999) en cuanto a la toma de decisiones sobre su vida y la de sus hijos (Gutmann, 1999), incidir mayormente en la organización y funcionamiento de los integrantes de la familia al interior del hogar así como en la incorporación de nuevos arreglos familiares (Chant,1999) y la reorganización de funciones para el mantenimiento de la unidad doméstica. No obstante, los costos de esta nueva situación enfrentan a las madres de familia a desgaste, estrés (Flores, 1994), agotamiento, saturación de actividades (Burín,1990), sobredaptación a los ordenamientos convencionales (Burín y Meller, 1989) y limitación de tiempo para el cuidado y tutoría de los hijos. Estas circunstancias derivan en estados emocionales de contradicción (Velázquez, 1990, Ferro 1991, Meler, 1998), culpa y depresión (Jiménez, 1989) por no poder cumplir cabalmente con los criterios sobre maternidad socialmente sancionados.

Castells (1997) señala, respecto a la *crisis del modelo familiar patriarcal*, que la división social de trabajo entre hombres y mujeres -proveedor y ama de casa-, ha sido modificada como resultado de la inserción de la mujer en el mercado laboral y de los movimientos sociales en defensa de la identidad de género. Esto ha propiciado un cambio en los valores de la sociedad, porque la familia patriarcal y la autoridad masculina han sido fuertemente cuestionadas. La alteración de la secuencia de transmisión ordenada de los códigos culturales de generación en generación fractura los sistemas de certezas personales obligando a los hombres, las mujeres y los niños a indagar nuevos modos de vida.

Para Castells, otro de los factores relevantes del contexto social es el *vaciamiento de significado y función de las instituciones* porque trastoca el significado de lo real, donde las ideas que lo sustentan

8 Expresión de ideas por medio de símbolos (figura u objeto) que mantienen una significación convencional que adopta formas de representar, creencias, conceptos o sucesos del grupo social.

9 Implica la acción de significar, refiriéndose a la forma como el sujeto expresa y designa múltiples sentidos (con significado y significante) de sí y de su entorno, ello tiene que ver con la interpretación es decir, con procesos de reflexión.

pierden su atractivo y para tratar de hacerlas sobrevivir, se tienen que realizar una serie de adaptaciones interminables.

Los anteriores factores del contexto social favorecen la búsqueda de nuevas alternativas en la forma de estar y funcionar de los integrantes al interior de las diferentes unidades doméstica (no solo de la madre sola), las cuales pueden carecer de claridad y precisión y con ello trastocar la posición que asumen sus integrantes y sus interrelaciones. Para Castells el carácter descentralizado y sutil de las redes de cambio social, además de dificultar la percepción e identificación de los nuevos proyectos de identidad que emergen al interior del grupo social, favorece una sutil penetración de cambios incrementales de símbolos procesados mediante redes multiformes, fuera de las sedes del poder y que pueden favorecer la desorientación de los sujetos sociales.

ESTEREOTIPOS GLOBALES DE LA MADRE SOLA

Chant, González de la Rocha y Gutman (1999) señalan que la familia monoparental encabezada por la madre, es una estructura doméstica que enfrenta desventajas o condiciones menos favorables que los hogares socialmente considerados completos y correctos; madre, padre e hijos consanguíneos de primeras nupcias.

De igual forma, Soule (1972), Gómez (1990), Luna (2004) y Sosa (2004) sostienen que son estructuras domésticas vulnerables porque sus condiciones de posibilidad para allegarse recursos sociales se encuentran disminuidas, no son consideradas por gran parte de la infraestructura institucional y social, por lo tanto tienen menguadas alternativas para desarrollar recursos que les permitan enfrentar las demandas de su espacio familiar y al interior de su grupo social. Esto a pesar de que en la actualidad se han implementado medidas importantes para beneficiar a la madre que ejerce su parentalidad sola y a sus hijos, en especial en materia legislativa¹⁰, sin embargo, no son aún suficientes.

Pese a señalar las particulares condiciones sociales de la madres solas, nos consideramos lejos de aquellas posturas donde se estigmatiza a las mujeres como incapaces, carentes, frágiles o problemáticas, partiendo de atributos inherentes a su ser mujer. Con frecuencia, cuando se habla de la familia monoparental encabezada por una mujer se expresan definiciones y evaluaciones de las madres solas, de sus hijos y de sus condiciones de vida familiar con estereotipos globales negativos (Chant, 1999), que suelen construirse desde una mirada sesgada que focaliza condiciones sociales problemáticas como la pobreza, delincuencia, desintegración familiar y violencia familiar, como si fuesen resultado directo de las características de este tipo de grupo doméstico en una especie de causalidad determinista.

Esta suerte de estigmatización relacionada con carencias y problemáticas de las familias monoparentales con jefatura femenina parece consolidar, como efecto, la representación de las unidades domésticas convencionales como la familia positiva y universal. El riesgo de estas construcciones es que más allá de dar cuenta de las madres solas signen, deslegitimen y puedan llegar a justificar la falta de apoyo estatal a estos hogares familiares (Chant, 1999).

La visión estereotipada de hogares monoparentales encabezados por mujeres sugiere que existen características les son automáticamente atribuibles; precariedad económica, escaso acceso a bienes, ausencia de redes, relaciones problemáticas con la pareja, los hijos, la familia extensa o los amigos;

¹⁰ La creación de políticas más justas en materia de salud, educación y desarrollo social, ha influido en las relaciones al interior de la familia (García, 1991) regulando el funcionamiento de sus diferentes miembros, en especial mujeres y niños. Estos cambios han debilitado la dominación del padre otorgándole autoridad formal también a la madre (potestad, igualdad en propiedad de bienes en el divorcio y posibilidad de disolución del matrimonio).

estilos de crianza deficientes y consecuentemente trastornos de la conducta, las emociones o los estilos de vida de los hijos. Así, la madre sola es definida como *un otro negativo*, dañino, débil, vulnerable y con desequilibrio (Chant, 1999).

El ingreso económico de la unidad doméstica aparece como menor en comparación con hogares con jefatura masculina porque: 1) las mujeres perciben menor salario o laboran menos horas; 2) son menos los integrantes económicamente activos y son más los dependientes; 3) las mujeres enfrentan discriminación en el mercado laboral, tanto por su género, como porque cuentan con menos tiempo y disponibilidad. Enfrentan entonces segregación ocupacional y desigualdad en el acceso al empleo, particularmente cuando son mayores de 49 años (INEGI).

Las madres solas suelen experimentar aislamiento social y emocional¹¹, debido a que el apremio para resolver sus necesidades inmediatas les impide generar o mantener redes sociales y porque las pocas fuentes de apoyo y relación conformadas por la familia extensa, la pareja y los hijos suelen constituirse conflictivas. La familia extensa, principal grupo de pertenencia y ayuda¹², representa la mayor fuente de presión, puesto que sus integrantes exigen el cumplimiento de las funciones tradicionales de la mujer, adjudicándose el derecho de intervenir y vigilar¹³, violando el espacio personal tanto de la madre, como de los hijos.

Para estas mujeres la relación de pareja suele ser una experiencia traumática, aún cuando haya sido deseada por ellas y hayan padecido su ruptura (generalmente fueron abandonadas), no están dispuestas a volver a vivirla. Durante esa relación experimentaron infidelidad, represión, maltrato y falta de apoyo de la pareja en materia de cuidados y acopio de recursos¹⁴.

En cuanto a la relación con los hijos, es opinión generalmente aceptada que las *madres solas* son incapaces de proporcionar el necesario afecto y cuidado maternal por lo que sus hijos enfrentan separaciones, abandonos, rechazo y en ocasiones trato abusivo¹⁵. Se piensa que estas mujeres son irresponsables y que no tienen interés en la crianza de los hijos, puesto que desaparecen o delegan su función en familiares o personas cercanas¹⁶. Soule (1972) considera que estas formas negativas de relación materno-filial generan en el hijo estados de ansiedad, inseguridad, problemas de conducta, de personalidad o psicosis.

Respecto a las actividades laborales de las madres solas, se ha dicho que si bien las mujeres generalmente logran por medio de las actividades remuneradas satisfacer sus necesidades económicas y desarrollarse socialmente, se saturan de actividades e incrementan su estrés. Frecuentemente experimentan malestar por no dedicar todo su tiempo al ejercicio de la maternidad y viven con culpa una situación que limita su convivencia con los hijos. Consideran además que para éstos, la ausencia del padre representa la falta de un modelo de autoridad masculino que terminará afectando su desarrollo¹⁷.

El conjunto de estas consideraciones acerca de las madres solas integra un conjunto de fenómenos sociales de carácter amplio, que son adjudicados sin mediaciones a la práctica de mujeres en esta

11 Ludtke, 1997.

12 Las mujeres que no trabajan, pierden autoridad ante la familia extensa y ceden la autoridad sobre sus hijos, son controladas y dependientes de la familia. Los abuelos suelen ahijarse de los nietos (Guevara S., 1994)

13 En ocasiones la supervisión y control que la familia extensa ejerce sobre la madre soltera es mayor que con sus hijos, puesto que ellos suelen construir sus espacios de relación fuera de la casa.

14 Ludtke (1997).

15 Guevara (1994).

16 Cuando la delegación recae en la madre de la madre sola permite a ésta regresar a su propia condición de dependencia infantil, no obstante experimentar conflicto ante la pérdida de autoridad (Guevara S., 1994).

17 Ludtke, 1997.

condición sin considerar su particularidad. Esto tiene efectos sobre la práctica cotidiana y los grupos sociales en que se inserta la construcción de la familia monoparental con jefatura femenina.

Es habitual evaluar a las mujeres o a su unidad doméstica a partir de ciertas particularidades aisladas o compartidas con su grupo social, sin embargo, el universo de madres solas no puede ser definido por aquéllas que en su dinámica familiar enfrentan problemas de conducta de sus hijos, condiciones de pobreza, dificultades con la familia de origen o relaciones conflictivas con su pareja. Estos pueden ser acontecimientos transitorios, parte de un momento de la vida familiar y no son exclusivos de la forma monoparental, puesto que también son experimentados por otros tipos de familia.

Aquí se define a la mujer sólo en relación con el cuidado de los hijos y el mantenimiento del hogar, como si estas funciones fueran las únicas que la constituyen. El cuidado de sí misma, sus redes sociales y actividades personales en general han quedado fuera, así como sus aciertos, esfuerzos y logros como jefa de familia. Sin embargo, actualmente la familia monoparental ha llegado a tener una presencia numérica significativa y ha legitimado su existencia como una forma social alternativa, lo que le ha permitido contar cada vez más con mayor soporte social e institucional.

La precariedad económica, el aislamiento social, las relaciones conflictivas y los problemas con los hijos, son parte de fenómenos sociales más amplios, atribuirlos mecánicamente a la familia monoparental sin profundizar en su análisis conduce simplemente a la estigmatización. Las familias convencionales, así como otras estructuras domésticas enfrentan condiciones similares, por lo que los factores mencionados deben ser analizados desde más allá de la particularidad de una estructura doméstica.

La atribución de características a una estructura familiar no es inocua, es constitutiva. No solo constituye la mirada social con que se identifica a la madre sola, sino que también integra la mirada con que la mujer se percata de sí misma. Los sujetos de un grupo social informan de su realidad y de sí mismos a partir de parámetros de significación social compartidos que les permiten hacer inteligible y comprensible la complejidad de su experiencia cotidiana para sí y para los otros, impregnando en el proceso sus maneras de hacer y relaciones. Las mujeres, en tanto madres, han incorporado elementos gestados en su grupo social que les permiten construir una imagen del ser madre y su relación con la familia.

VOCES DE MUJERES QUE EJERCEN SU PARENTALIDAD SOLAS

La representación de las familias monoparentales con jefatura femenina como un problema social o una minoría empobrecida y en desventaja, puede ocultar las múltiples formas que adopta la familia y la parentalidad, la gama de arreglos familiares que sus integrantes han desplegado y los esfuerzos que han desarrollado con resultados positivos (Chan, 1999).

Los menguados ingresos de las madres solas no implican necesariamente el empeoramiento de las condiciones de vida de la familia cuando falta el hombre, ya que cuando está presente éste, hace uso de una parte significativa de los ingresos en sus gastos personales. Esto es más evidente cuando la pareja no es el padre de los hijos, pues se resiste a compartir sus ingresos con los hijastros. Algo, por demás importante, es que las mujeres refieren que solas, pueden decidir sobre el ingreso y el uso a que será destinado.

Chan, en 1999, da cuenta de que las mujeres canalizan la mayor parte de su ingreso a las demandas del hogar, contrariamente a lo que sucede en las familias convencionales, de tal forma que las madres solas llegan a contar con más recursos destinados al bienestar familiar. El mismo estudio

refiere que las familias monoparentales suelen contar con un número menor de integrantes, dando como resultado que, en promedio, el ingreso *per cápita* sea igual o más elevado que el de la familia convencional. Estos hechos ponen en entredicho las condiciones desventajosas de vida que suelen adjudicarse a las familias con jefatura femenina.

El ingreso económico y la capacidad adquisitiva están indiscutiblemente relacionados sin embargo, no hay que olvidar que la transformación del ingreso en recursos familiares transita por la toma de decisiones y las condiciones en que éstas se producen. La exigüidad supuesta de los ingresos de las madres solas se relativiza si se toma en consideración que ante la ausencia del marido es ella quien decide el uso de los recursos, en una acción que le permite articular su actividad laboral con su situación familiar dándole un mayor sentido a su experiencia. Gonzáles de la Rocha (1999) y Chant (1999), describen mujeres con participación activa que deciden, se obstinan, enfrentan, alcanzan autonomía, arreglan, cuentan con espacios legitimados de ayuda y constituyen vidas con costos y beneficios en su relación con la pareja y con los hijos.

Cuando hablan de la pareja las mujeres habitualmente refieren el maltrato y la infidelidad, sin embargo por lo regular se aferran a la relación y buscan construir “razones” para mantenerla, en otras ocasiones intentan romperla sin lograrlo. Para la mayoría de las mujeres el rompimiento de la relación fue un proceso difícil y no fueron ellas las que tomaron la decisión, pero las que sí lo decidieron, identifican como ventajas de la separación las condiciones de armonía y autonomía en que se organizan los ingresos y el gasto familiares.

Chant (1999) identificó un efecto *trade-off*¹⁸ donde las mujeres eligen o negocian con sus parejas las formas de participación, donde su elección implica anular otras opciones en las que ya se han mostrado capaces. Chant refiere el caso de una mujer que después de separarse de su pareja, trabajar y reconocer su autonomía, inicia otra relación donde decide dejar de trabajar para hacerse cargo del hogar. Para la autora esto no fue un retroceso o pérdida de autonomía, fue una decisión de la mujer en que se implica una mayor participación en las actividades del hogar.

Señalar los logros y la independencia que pueden alcanzar las madres solas no busca menoscabar los hogares convencionales encabezados por el varón, sino hacer evidente que la familia monoparental, particularmente la encabezada por la mujer, es una alternativa de ser familia que no necesariamente esta signada por los problemas y el deterioro social.

PROBLEMÁTICA Y CONDICIONES DE VIDA DE MADRES DE USUARIOS DE DROGA, EN FAMILIAS MONOPARENTALES CON JEFATURA FEMENINA

A este trabajo antecede un estudio de casos múltiples realizado con un enfoque socio-estructural e instrumental de narrativas discursivas autobiográficas, en el que participaron cuatro madres de *familias monoparentales*, donde al menos uno de los hijos era consumidor de drogas. Las narrativas fueron obtenidas por medio de *entrevistas no estructuradas y en profundidad*, bajo la forma de relatos de vida. De estas entrevistas, se recuperaron *segmentos discretos* que facilitaron un abordaje descriptivo y permitieron la construcción de un *sistema categorial*, incorporando condiciones, problemáticas, relaciones y malestares que las mujeres habían enfrentado en la cotidianidad del hogar.

¹⁸ se trata de un trueque o intercambio en el que elegir una opción implica necesariamente anular las posibilidades de la otra opción.

Las entrevistadas refirieron antecedentes de vulnerabilidad y deprivación psicosocial, mientras en la actualidad experimentan saturación y sobreadaptación por no poder cumplir con las funciones tradicionalmente delegadas en las madres a causa del exceso de trabajo extradoméstico. En el momento de la entrevista experimentaban condiciones de vida adversas, donde se habían incrementado los problemas al interior de la unidad doméstica y deteriorado sus estados emocionales así como las relaciones con sus hijos.

Estas mujeres vivían en contradicción con dictados sociales acerca del ser madre derivados de los modelos de familia predominantes, incorporados como normatividad poco flexible y subvertidos cotidianamente en la vida familiar. En ellas se advierte la incorporación de discursos del grupo social de pertenencia (familia de origen, familia actual, comunidad) para identificarse, definirse y actuar.

Empero, esos discursos parecen favorecer la reproducción de identidades deterioradas (Goffman, 1970), donde la condición de madre sola es identificada por ellas mismas y su grupo social con la carencia económica, afectiva o social. Esto da lugar a un posicionamiento marginal a lo socialmente esperado y aceptado donde mantienen un desempeño endeble, particularmente en lo concerniente a sus funciones parentales. Asimismo emprenden relaciones caóticas que las quebrantan y deterioran sus estilos de vida, obstaculizando y deteriorando su potencial para responder a las exigencias del medio o alterando negativamente sus estados emocionales y su manera de percibirse a sí mismas.

De lo dicho por ellas puede implicarse que los hogares monoparentales encabezados por mujeres han sido mirados bajo el modelo de estereotipos generales donde se particularizan circunstancias sociales problemáticas que no les son exclusivas. Empero, las desventajas sociales e institucionales que de hecho enfrentan les exigen adquirir mayor legitimidad frente a su grupo social y ante ellas mismas. No hay que olvidar que tanto los grupos sociales de pertenencia como las madres solas, asumen la realidad y a sí mismas con base en estereotipos globales que integran parámetros de significación social compartidos.

IDENTIDAD COLECTIVA

Para Castells (1997), la identidad es fuente organizadora del sentido¹⁹ y experiencia de la gente, del reconocimiento y diferenciación entre el yo y el otro. En el caso particular de los actores sociales la identidad implica procesos de construcción de sentido a partir de un conjunto relacionado de atributos culturales. La identidad no es entendida como *rasgo*²⁰, sino que implica atributos auto-comprendidos por el individuo, en los que se incorpora una pluralidad de identidades de las cuales una enmarca al resto²¹. La convergencia de identidades en el individuo es fuente de tensión y contradicción tanto en la representación de sí, como en la acción social en la que se construye mediante procesos de autodefinición e individualización.

El proceso constructivo de las identidades incorpora elementos pertenecientes a diferentes ámbitos tanto históricos como contextuales o pertenecientes a la memoria colectiva y las fantasías personales, los aparatos de poder y las revelaciones religiosas. En el proceso los individuos incorporan elementos simbólicos y les otorgan un sentido, según las determinaciones sociales y los proyectos culturales implantados en su estructura social y en su marco espacio/temporal.

19 El actor social realiza una identificación simbólica del objetivo de su acción.

20 Giddens considera que la identidad propia no es un rasgo distintivo que posea el individuo. Es el yo entendido, reflexivamente por la persona en virtud de su biografía (ser es comprender], de lo que se está haciendo y por qué se está haciendo). Por tanto, el yo es un proyecto reflexivo.

21 Identidad primaria

Según Castells la identidad puede ser legitimadora, de resistencia o de proyecto. La primera es inducida por las instituciones sociales dominantes a fin de consolidar el estado de cosas, en la segunda, cuando los actores se encuentran en condiciones devaluadas por la lógica dominante, construyen trincheras de resistencia y supervivencia sobre la base de principios diferentes y antagónicos. Finalmente la identidad de proyecto, donde los actores sociales, basándose en los materiales culturales de que disponen, construyen una nueva identidad donde se redefine su posición en la sociedad y al mismo tiempo se transforma la estructura social.

Cada forma de elaboración identitaria implica un resultado diferente como construcción de lo social; la identidad legitimadora propicia la organización civil para racionalizar las fuentes de dominación estructural, la de resistencia produce comunas contra la opresión²² facilitando la expresión de identidades defensivas y la de proyecto, que surge de la resistencia comunal y se orienta al análisis de procesos y condiciones sociales dando lugar a la gestación de sujetos sociales activos y transformadores.

En la sociedad mexicana la estructura familiar compuesta por mamá, papá, e hijos de primeras nupcias se ha constituido como un modelo dominante que legitima jerarquías y formas del ser hombre o mujer al interior de la familia, involucrando sistemas de creencias, expectativas, mitos, valores, roles, funciones y representaciones. Se ha establecido como un eje social asimilándose a prácticas tradicionales²³ o convencionales²⁴ y se ha legitimado desde instituciones como las jurídicas y las religiosas. Sostenido de esta manera, el modelo ha sido admitido y difundido como parte de las prescripciones sociales, expresión 'del deber ser' con un lugar de verdad irrevocable que no requiere comprobación.

Buttler (1999) refiere la existencia de categorías sociales que se instauran en el discurso de poder cultural dominante y son construidas en el *imaginario colectivo* como un pensamiento único, encargadas de delimitar lo socialmente aceptable, de nominar a los sujetos con derecho a serlo y con ello permitir su propia representación. De acuerdo con esta autora, dichas categorías constituyen prácticas hegemónicas que utilizan mecanismos de inclusión y exclusión en el ámbito social, el espacio público y en la representación del sujeto social, funcionan silenciosamente y aunque suelen aceptar las diferencias entre integrantes de los grupos, lo hacen sólo en la medida que no sean visibles.

La familia, como experiencia social fundante de identidades, es al mismo tiempo una categoría hegemónica que posee atributos culturales emergidos de instituciones sociales dominantes. Pese a ser aparentemente siempre la misma, la familia no presenta características morfológicas esenciales y deterministas. Laclau (1999), considera que el sentido que organiza y constituye las identidades y donde se fija de forma precaria la multiformidad de lo social, es construido por prácticas articuladoras en espacios y momentos particulares, por medio de formaciones discursivas que no están plenamente constituidas y que permiten regularidad en la dispersión de elementos.

La operación hegemónica parece implicar un momento interno que más que un lugar, refiere una confrontación entre sistemas de diferencias (enfrentamiento antagónico) y equidades, que permiten al sujeto definirse por medio de estructuras discursivas (a modo de efecto) de forma parcial, operando en espacios comunitarios preexistentes que adquieren sentido (centralidad) en el momento de la articulación.

22 El deseo de ser individuo, de crear una historia personal, de otorgar sentido a todo el ámbito de la experiencia de la vida individual.

23 Parte de las prácticas del pasado.

24 Práctica que en virtud de la costumbre ha adquirido fuerza de ley.

La noción de familia hegemónica convencional y la construcción identitaria de género admiten contenidos idealistas, prescripciones y proscripciones normativas que se manifiestan estáticas, como reglas inapelables e incuestionables, parecen estar preñadas de una esencialidad biológica que las hace universales. Han sido construidas a modo de nociones fundantes que los sujetos se encargan de encarnar en el cuerpo como parte de una naturaleza sexuada, como hombres y mujeres.

Para Butler, son categorías construidas socio-culturalmente que se adecuan al cuerpo bajo la ilusión de preconstitución, son sistemas de significación que se articulan a las relaciones de poder de un grupo social y que en la práctica son deconstruidas por el sujeto cuando interactúa con otros poniendo en juego la performatividad a través de mecanismos repetitivos y constantes de subjetivación de los cuales no es conciente. En el momento de la acción y de la enunciación el sujeto se construye a sí mismo y a su realidad, en el punto donde surge la acción se abren procesos de interpretación y representación en donde él construye su identidad y con ello garantiza su existencia. Esto permite al sujeto distinguir entre lo interno y lo externo, entre ser hombre o ser mujer así como asumirse como ser de una determinada manera (tener conciencia de ello) acorde a las normas preestablecidas en su entorno, tornando inteligible al sujeto para sí mismo y para su grupo social.

Si consideramos que la vida tiene una gran cantidad de contenidos difusos que hacen difícil su reproducción total [Piña, 1989] y que somos una pluralidad contradictoria (Castells, 1997), podremos entender que los sujetos requieren de un trabajo continuo de desciframiento para darle sentido al mundo y a su experiencia, por lo que tendrán que recurrir de manera permanente a estrategias de interpretación en la búsqueda de comprender su mundo y significar su experiencia (Díaz, 2005).

Reconstruir la vida en un relato narrativo implica que el sujeto realice una construcción discursiva donde interprete/comprenda su mundo y signifique su experiencia haciendo uso de mecanismos tales como los esquemas figurativos. Las narrativas personales permiten que el sujeto, a partir del llamado a la memoria, busque aclarar y reconstruir su experiencia dando lugar a que emerjan anclajes de identidad (Revilla, 2003).

En el presente informe lejos estamos de pretender dar cuenta del funcionamiento o de los preceptos sociales de que se inviste el modelo familiar al interior de los hogares de las mujeres entrevistadas, ellas narraron acontecimientos familiares en los que participaron y utilizaron elementos expresivos socio-culturales (palabras, frases, ideas preconcebidas, modelos) para comunicarlo a su interlocutor. De esta manera, el interés se enfoca en la forma como ellas construyeron y articularon los relatos para dar cuenta de su experiencia familiar y como ello les permitió dar cuenta de sí.

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

En este Estudio se analiza la interacción de elementos expresivos de orden simbólico en el plano de la significación y la forma como permiten al sujeto construirse, posicionarse, relacionarse y comprender su realidad. Se busca profundizar en la estructuración discursivo/narrativa de las madres entrevistadas, en los relatos que para ellas son significativos y que les permiten dar cuenta de su experiencia familiar, con objeto de identificar como se posicionan frente las contingencias narradas.

Esta estrategia pretende identificar elementos útiles para el desarrollo de estrategias de atención preventiva y de tratamiento que permitan a la persona reconstruir e incorporar en sus relatos elementos identitarios que, además de otorgarles un lugar y una razón de ser, favorezcan el desarrollo de habilidades para responder a las exigencias del medio con estilos de vida saludable y poder afrontar los riesgos asociados al consumo de drogas.

El Estudio tiene como base una perspectiva cualitativa que comprende la reflexión, análisis y construcción interpretativa de casos múltiples desde un enfoque biográfico y las fuentes de información que se contemplaron desde una dimensión socio-simbólica (Bertaux, 1993)²⁵. Durante el proceso se implementaron estrategias para obtener la versión del sujeto sobre su experiencia familiar (Denzin, 1989), logrando un acercamiento a los componentes subjetivos que las entrevistadas pusieron en juego al narrar su experiencia, para lo cual se consideró el momento de la enunciación y las atribuciones de significado y de sentido (Bajtin 1953).

Se utilizó una muestra reducida de casos con los que se aplicaron entrevistas focalizadas a fin de motivar la narración fluida de las participantes y obtener narraciones orales autobiográficas que les permitieran dar cuenta de las experiencias que para ellas han constituido el hacer de su familia actual. Asimismo, las narraciones nos permitieron revisar y reflexionar la forma como las mujeres representaron y evaluaron su experiencia familiar, a sí mismas y a los demás miembros. Pudimos también reconocer las conexiones lógicas significantes de su grupo social con las que hicieron comprensible su historia.

Durante el proceso de recolección de la información y el análisis se procuró mantener a distancia las preconcepciones, aun cuando es sabido que la mirada del investigador siempre tiene implicaciones además de ser el destinatario inmediato de la narración. Sin embargo, el narrador para hacer comprensible su relato recurre necesariamente a los referentes con que cuenta y activa así sus propios procesos de reflexión e interpretación (Denzin, 1989). Con objeto de limitar la sobreinterpretación se cuidó particularmente que toda construcción interpretativa fuera con base en lo dicho por las entrevistadas. Se incorporaron también estrategias secuenciales sistemáticas de auto-vigilancia y reflexión grupal, desde el levantamiento de la información hasta la realización del reporte final, a fin de lograr la construcción de estructuras interpretativas solidamente argumentadas.

En el transcurso del estudio participaron tres psicólogos con distintos _aunque no antagónicos_ referentes teóricos, que implementaron seminarios de reflexión teórico-metodológica para promover la construcción de significados consensuados y con ello favorecer el intercambio y los puntos de encuentro en el proceso de interpretación.

Para el levantamiento de información se contactaron cinco unidades de atención de Centros de Integración Juvenil (CIJ) a quienes se les informó de los objetivos del estudio y se solicitó a los terapeutas su colaboración para identificar los casos que podrían participar. Una vez contactadas las personas que en principio aceptaron participar en el estudio de forma voluntaria y sin que esto obstaculizara su proceso terapéutico ni la atención que ofrece CIJ, se les informó de los objetivos y forma de trabajo (dos o tres entrevistas con un tiempo aproximado de 90 minutos cada una). Pidiéndoles además, su autorización para audiograbar las entrevistas, reiterando la privacidad y anonimato de la información.

El estudio se integró con los relatos de ocho casos, 2 a 3 entrevistas abiertas a cada una de las ocho mujeres que participaron en el estudio, que ejercen su parentalidad sin el apoyo del padre o de una pareja y que al menos uno de sus hijos está en tratamiento en CIJ por consumo de drogas. El material oral de las entrevistas se transformó a registro electrónico por medio de transcripciones, que fueron responsabilidad del investigador que realizó la entrevista.

Se realizó un análisis descriptivo de los contenidos de las narrativas de las mujeres identificando sumariamente de qué hablaron y de quiénes, observando especialmente la manera de articular las

²⁵ Dimensión que estructura los espacios de la investigación de relatos de vida de acuerdo a un objeto sociológico- simbólico (Bertaux, 1993). Lo que permite ahondar en las formas de representar ideas, comportamientos, sucesos en palabras que tienen una significación convencional y que motivan a la interpretación del oyente.

contingencias relatadas. Posteriormente se clasificaron y ordenaron las secuencias con una lógica narrativa (Fábula del relato)²⁶.

El análisis se orientó particularmente a la identificación de los componentes subjetivos de las contingencias narradas, utilizando procesos inductivos que permitieran el acceso a los efectos de sentido en el plano de la significancia. El proceso implicó la deconstrucción de la narración en sus componentes sin perder de vista la totalidad narrativa de la que emana (Márquez, 2002) y estructurando condensaciones de significados de los segmentos discretos del relato (Barthes, 1990) que fueron percibidos como relevantes a nivel de esquemas atributivos de sí, de sus relaciones y de las contingencias relatadas. Esto se realizó con apoyo del programa de análisis de unidades hermenéuticas ATLAS TI, que permite la recuperación narrativa sin perder el contexto de la entrevista.

Como último componente del análisis se desarrollaron, con una visión analítica e interpretativa, algunas ideas para identificar elementos coadyuvantes a la tarea institucional de CIJ en materia de prevención y tratamiento.

En este estudio se presupone que las mujeres enunciaron durante sus relatos elementos que para ellas son significativos y que sin agotar su historia, les permitieron posicionarse ante lo narrado más que reconstruir su vida. Nos sustentamos en autores como Piña (1989) quien sostiene que es imposible la reproducción total de la vida por la diversidad de elementos que la constituyen y por la amplia cantidad de contenidos difusos. Para él, las personas elaboran una construcción discursiva de carácter interpretativo donde organizan su vida con secuencias ordenadas e inteligibles, proponen un principio y un fin²⁷ donde la narración es confeccionada para el particular público de la entrevista y para proporcionarle una razón de ser a su existencia. De ahí que el relato obtenido solo es una de tantas versiones posibles de una vida.

Más que considerar los eventos narrados en sí mismos, se buscó profundizar en la lógica contenida en el relato para identificar la forma como las entrevistadas representaron y atribuyeron sentido a su experiencia. Esto nos permitió identificar algunos significados compartidos colectivamente y que funcionan como guías de lectura para construir la razón de ser del relato, la manera como se construye el sujeto en el relato una imagen de sí, permite ahondar en las implicaciones de la construcción narrativa.

Hallazgos

Las reflexiones que emergieron durante el análisis de los relatos tuvieron como base principalmente la manera como fueron dichos los relatos por los sujetos de la enunciación en el plano de la significación o construcción de sentido, observándose cómo fueron articuladas diversas contingencias durante la narración a fin de identificar las elaboraciones subjetivas con que estas mujeres dieron cuenta de sus familias y de sí.

La descripción da cuenta de algunas características generales de las mujeres; edad, ocupación, integrantes de la familia, temáticas abordadas y dificultades narradas. En el posterior análisis de la forma narrativo-discursiva se reconstruyen las historias y los efectos de sentido con que se elaboran las contingencias y la definición de sí. Por último, se reflexiona sobre los elementos que favorecieron

²⁶ Bal, 1985.

²⁷ Brunner (1996) señala que en cada narración se organizan antecedentes y consecuentes. Lo que para Bal (1980) implica una forma provisional de inaugurar y concluir los relatos.

el desarrollo de recursos personales y familiares, así como aquéllos que se vieron limitados o deteriorados.

Las ocho mujeres entrevistadas además de ejercer el cuidado y crianza de los hijos sin el apoyo de un consorte, se han visto involucradas en un cúmulo de contingencias adversas relacionadas con el consumo de drogas de al menos uno de sus hijos.

MARCELA es una mujer de 45 años, con estudios técnicos como educadora y comerciante de ropa usada. Es madre de cuatro hijos; dos hombres de 23 y 18 años respectivamente y dos mujeres, una de alrededor de 17 años y otra de 12. Sus dos hijos mayores son usuarios de drogas, ambos en tratamiento en distintas unidades de CIJ, el mayor presenta un intenso patrón de consumo de múltiples sustancias, antecedentes de TDA, agresividad y bajo control de impulsos, participación en actividades delictivas y trastornos de ajuste severos.

Marcela refiere haber tenido una infancia difícil, marcada principalmente por la falta de cuidado y apoyo afectivo consecuencia de la falta de contacto con sus padres. Hija de un músico alcohólico y de una bailarina de cabaret, muy tempranamente fue abandonada por su madre y dejada al cuidado de una tía, hermana del padre. Esta tía aparece en el relato como una mujer rígida, desapegada y autoritaria que la somete a una fría disciplina carente de cualquier reconocimiento y quien incluso más tarde, cuando Marcela tenía ya una familia propia, intervenía constantemente en las relaciones familiares tratando de imponer su autoridad y generando un clima crónico de insatisfacción y tensión familiar.

Se involucra a corta edad con un hombre con quien padece carencias materiales, maltrato, poca afectividad e infidelidad, pero con quien procrea a sus cuatro hijos, con quienes él se muestra poco afectuoso e incluso intolerante y violento. Inicialmente liberada de una relación conflictiva y represiva con su “madre” (prácticamente huye de su hogar para casarse), su nueva relación le proporciona a Marcela alguna forma de aceptación y reconocimiento, así como la experiencia básica de un mínimo de interés afectivo. Este primer matrimonio habrá de concluir en separación, posteriormente vuelve a entablar otra relación. En este caso, se trata de alguien más joven, un hombre pasivo que depende fuertemente de ella y acaba por sumirla en una profunda crisis económica. Además, tanto él como su familia, la someten a ella y a sus hijos a situaciones de maltrato y él aprovecha el matrimonio para hacerse de bienes y recursos y “escalar socialmente”. Al final, el deterioro de la relación y el abuso resultará en una crisis con efectos persistentes en la vida de Marcela.

Empujada por las necesidades económicas, pero igualmente por la evitación de los problemas y compromisos familiares que la agobian, Marcela prueba fortuna yendo a trabajar a EUA, siendo ya mayores sus tres hijos. Sin embargo, al cabo de un breve lapso que representa para ella un respiro y un momento de bonanza, tranquilidad y bienestar, es deportada.

Las carencias económicas y la ausencia crónica de relaciones “nutricias”, contribuyen significativamente al agravamiento de los conflictos y a la reducción de las opciones y recursos con que podría contar Marcela para facilitar su autocuidado y la crianza de los hijos. En este sentido, la privación económica se traduce para ella en una situación de precariedad psicológica y social.

Marcela refiere problemas con sus hijos en especial con el mayor, a quien solían involucrar ella y los otros miembros de la familia en sus dificultades y problemas. Con sus otros hijos también tiene problemas que los exponen a situaciones de riesgo, como el embarazo y aborto tempranos en su hija mayor, consumo de drogas en su hijo menor y enfrentamiento entre hermanos, principalmente con el mayor que consumía droga.

SONIA es una mujer de 42 años de edad que vive sola con tres hijos adolescentes, el marido ingresó en la cárcel hace siete años. Recientemente tuvo un breve periodo de libertad, pero pronto regresó a

reclusión por cometer un nuevo delito. Ella refiere sentirse bien sin la presencia de su marido y comenta que no ha tenido necesidad de él para sacar adelante a sus hijos. Cuando ha estado el hombre en casa las relaciones familiares se han tornado problemáticas porque los hijos no lo aceptan y él pretende imponer autoridad y control en la familia. A pesar de haber solucionado los problemas cotidianos sin la presencia del marido, su ideal de relación familiar sigue el modelo de padre, madre e hijos.

Desde que su marido fue encarcelado ella ha trabajado, sin embargo ha tenido apremios económicos y para resolverlos recurre con frecuencia al apoyo económico o de víveres con la red vecinal o de familiares indirectos. Su vida cotidiana está signada por el trabajo como actividad necesaria para obtener dinero y su papel como madre proveedora y sostén de los hijos. En general, Sonia ha enfrentado varias situaciones límite; el encarcelamiento del marido y la consecuente necesidad de resolver las necesidades familiares ella sola, el consumo de drogas de uno de sus hijos y la intervención quirúrgica de éste por apendicitis aguda.

La experiencia como esposa y como madre la ha llevado a una importante revaloración sobre sí misma, ya que en particular su marido la consideraba incapaz de resolver la vida cotidiana con sus hijos, afirmaba que era totalmente dependiente de él, sin embargo ha salido adelante y es consciente de ello. De ahí que ha resuelto no tener por el momento otra pareja, piensa que necesita ocuparse en sus hijos y cree que podría poner en riesgo a sus hijas. Asimismo, ha establecido una división de las tareas domésticas entre todos y ha aprendido a sobrevivir buscando la manera de allegarse recursos económicos, así sea pidiendo prestado.

Actualmente está muy preocupada porque al parecer la van desalojar del lugar en que vive y donde no paga renta. Cree que no podría pagar el alquiler en algún otro lugar y que tendría que irse a su pueblo de origen en Oaxaca. Posibilidad que no es de su agrado porque considera que como allá no hay buenos maestros, sus hijos se retrasarían académicamente.

En el momento de la entrevista **MARÍA ELENA** tiene 55 años de edad, ha estudiado periodismo, trabaja en el comercio informal, de empleada doméstica en casa de una sobrina y como intendente en la empresa de su cuñado. Tiene un hijo de 20 años, usuario de marihuana y alcohol.

Con relación a su familia de origen refiere carencias afectivas, de cuidado y orientación. Debido a que sus padres trabajaban, ella y sus hermanos se quedaban a cargo de la servidumbre, quienes mostraban poco interés en cuidarlos y optaban por sacarlos de la casa, por lo que solían andar generalmente en la calle.

Maria Elena refiere que ella, sus hermanos y su madre solían ser objeto de maltrato y amenazas de su padre, quien era consumidor de alcohol. La falta de cuidado expuso a Maria Elena y a sus hermanos a situaciones donde fue quebrantada su integridad física (un hermano falleció por negligencia medica a otro se lo robaron, ella y otra hermana sufrieron abuso sexual). El continuo enfrentamiento de situaciones límite favoreció que Marcela adoptara conductas de aislamiento, timidez y poca participación escolar, por lo que no era raro que pasara desapercibida por sus compañeros de escuela. Las situaciones de maltrato concluyen cuando la madre de Maria Elena decide romper el vínculo con su padre, a partir de que una de sus hermanas quiso suicidarse y la otra estaba en el hospital, la madre logra encarar la situación a pesar de las deudas que le dejó su marido.

Tras anhelar una relación y ver pocas posibilidades, se involucra sexualmente con su primera pareja y procrea un hijo. Su pareja era divorciada, consumía alcohol de manera recurrente y cuando se entera del embarazo decide no asumir su responsabilidad parental y la abandona. El hombre regresa temporalmente para conocer a su hijo sin aportar recursos al hogar y ella acepta la situación porque

quería que regresara, no obstante, acaba por irse llevándose objetos y dinero de ella. La situación vivida con esta pareja deja a Maria Elena un fuerte temor para entablar otra relación con un hombre.

La constante carencia afectiva y el aislamiento se ven reflejados actualmente en su percepción de falta de fuentes de apoyo solidario de la familia extensa ante las dificultades económicas que ha enfrentado. Maria Elena ha tenido que incorporarse a múltiples actividades laborales para lograr la manutención de la unidad domestica. Con relación a su hijo la relación es sumamente conflictiva, es una la lucha de poder que trastoca los lugares de los integrantes al interior de la familia y rebasa sus valores éticos, morales y sociales²⁸. Esto se ha intensificado por el consumo de drogas de su hijo.

VERÓNICA es una mujer de 58 años de edad, esta pensionada y sabe administrar sus recursos de manera efectiva ya que tiene como regla no gastar lo que no tiene. Se divorció hace diez años, al tiempo que sus dos hijos varones se quedaron a vivir en los Estados Unidos. Actualmente vive sólo con su hija y corre con la mayor parte de los gastos del hogar. En su matrimonio tuvo problemas de celos y alcoholismo del marido desde los seis primeros meses de casados, hasta su divorcio 21 años después.

El principal problema que enfrenta actualmente Verónica, es el consumo de marihuana de su hija. Esto le preocupa y ha tomado una actitud activa, buscando terapia. Sin embargo, la comunicación con su hija es limitada y los pequeños encuentros terminan en fuertes confrontaciones donde siempre se ve trastocada su autoridad y el cumplimiento de reglas. Quisiera irse a los Estados Unidos para convivir con sus nietos, pero considera que su hija Gabriela no se comporta como una adulta y por lo tanto no se siente con la confianza para dejarla sola, se siente responsable de ella y piensa que si se casara entonces ella podría irse tranquila.

Actualmente se muestra preocupada por el comportamiento de su hija y ejerce sobre ella una supervigilancia que llega al grado de inspeccionar sus efectos personales. Sospecha que mantiene actividad sexual y le preocupa que contraiga enfermedades, además de que no está de acuerdo con que se relacione con hombres casados, sin embargo, reconoce que no puede hacer nada para evitarlo o modificarlo porque su hija tiene muy mal carácter. Por otra parte, le inquieta que su hija no quiera incorporarse a una actividad laboral donde obtenga prestaciones y mayor ingreso.

MARITZA es una mujer de 48 años de edad, trabaja en un despacho de abogados y vive con su hijo de 17 años a quien considera su familia. Es muy organizada y sistemática en la administración del hogar, pagos de servicios, alimentos, etc.

Considera que cubre satisfactoriamente sus necesidades tanto económicas como emocionales, pero expresa muy claramente su necesidad de una pareja. Ella y su hijo se organizan para realizar las labores del hogar, según cuenta, existe un buen nivel de comunicación y acuerdo entre ambos. Guillermo (su hijo) ha manifestado en ocasiones tener mal carácter y ella también, sin embargo, lo han resuelto mediante el diálogo. Las reglas que norman la relación son negociadas, no impuestas.

Tuvo un cierto alejamiento de su hijo cuando este entró en la adolescencia, esto se incrementó cuando descubrió que consumía marihuana. Sintió que le faltaba al respeto en el sentido de que no la obedecía, iba mal en la escuela, era grosero y no la consideraba, ella no entendía lo que pasaba. Cuando se percató del consumo de drogas de Guillermo su primera reacción fue de espanto y desconcierto, no sabía que hacer, “ya me imaginaba a mi hijo ya... este... un drogadicto o sea ya en la calle, fumando diariamente, sin trabajar” pero después busca la manera de enfrentar el problema. Cuando aparece el consumo se da un enfrentamiento entre ellos, después la reflexión de Maritza la conduce a buscar ayuda para enfrentar la situación.

28 Donde los límites se han desdibujado y los valores éticos, sociales y morales subyacentes al lugar de la madre, el padre y los hijos están en entredicho

Al parecer la intervención de CIJ tuvo buenos resultados, inclusive la relación madre-hijo volvió a los buenos términos. A esta relación se han incorporado ahora, después del problema del consumo, aspectos de 'contacto', corporales, es decir, el afecto se muestra ahora no sólo con palabras y acciones, sino también con abundantes caricias. El entorno familiar lo constituyen un abuelo, las hermanas de Maritza y algunos primos de Guillermo, empero son referidos por ella sólo de manera circunstancial, periférica. La familia en realidad son sólo ellos dos. El consumo de Guillermo es algo que les pertenece a ellos y a nadie más.

Para Maritza los planes familiares a futuro parecen limitarse a la escuela y las necesidades de Guillermo.

TOMASA es una mujer de 44 años de edad originaria del sureste del país, que desarrolla actividades domésticas remuneradas y también trabaja como recepcionista. Es madre de dos hombres, su hijo menor de 22 años esta en tratamiento por su consumo de drogas. Como parte del trayecto de su vida refiere multiplicidad de cambios de domicilio, iniciando por la migración gradual de los integrantes de su familia a la ciudad de México.

Refiere una vida de niña marcada por la carencia afectiva, la opresión (a mí no me dejaban ir a ningún lado), el enojo y el maltrato físico constante de su madre. Ella sentía que el castigo se presentaba independientemente de lo que hiciera, porque nunca lograba satisfacer las demandas maternas. Las tareas que se le asignaban no eran acordes a su edad (parentalización con un hermano adoptivo, elaboración de los alimentos, etc.).

Cuenta que la única forma de que su madre no le pegara era estando enferma, de ahí que tratara de enfermarse del estomago comiendo frutas silvestres para mantener esta condición. Otra alternativa que desarrolló para evitar el castigo fue encubrir aquellas situaciones donde sabía que su madre la iba castigar, por ejemplo: cuando su hermano no comía, se lo comía ella, para dar cuenta que él si lo hizo. En otras ocasiones más que evitar el castigo, lo confrontaba, prefería no llevar los mandados si tenía alguna duda de la consigna dada o le decía a su madre que no lo iba a hacer, no obstante que esta alternativa representaba mayor severidad en el correctivo recibido.

Con relación a su padre, muestra cierta confusión y ambivalencia en la forma de percibirlo, si bien reconoce que él no le expresaba verbalmente sus afectos, era quien le proporcionaba un beso, con él tenía espacios de convivencia, la orientaba en sus actividades escolares, le retiraba los castigos impuestos por su madre cuanto llegaba a casa y es, hasta la fecha, con quien ella disfruta escasos acercamientos. Pero, por otro lado cuenta que le tenía rencor y se lo demostraba, no obstante que ella misma reconoce no saber por qué. Sus padres se separaron desde que ella tenía 15 años de edad.

Tomasa considera que tanto el maltrato recibido como la separación de sus padres ha influido en su relación familiar actual, identifica ciertas similitudes como el distanciamiento, ausencia de demostraciones afectivas, rechazo y rencor por parte de sus hijos. Relata que uno de sus hijos no ha logrado superar los golpes que ella le ha propinado y reconoce que es grosera cuando ellos le reclaman, les dice que si les dolió mucho que mejor circulen porque a su edad todavía los mantiene.

Llama la atención que en su narración se refiere escasamente a sus hijos (embarazo, confrontaciones, estrategias de vigilancia y control, percepción del consumo de drogas de su hijo), su tema principal es la pareja. El primer embarazo resultó de encuentros azarosos con su pareja, precipito su casamiento y no lo vivió como festejo, puesto que significaba que ya estaba 'hoyona'. El segundo embarazo resulta de un acuerdo con su pareja para que éste deje de tomar. El cuidado y manutención de los hijos ha corrido principalmente a cargo de ella puesto que el padre solía evadir esta responsabilidad.

Tomasa considera que el cuidado de su hijo le pertenece sólo a ella y le implica mantenerse vigilante respecto al consumo de drogas, sin que él se de cuenta y sin que sus familiares o amigos lo sepan. Es una situación que la avergüenza y que no ha superado, se siente decepcionada de él porque ella ha dado todo lo que ha podido. Piensa que el cuidado de sus hijos ha sido limitado por su actividad laboral y relata que cuando eran pequeños ella solía mostrar cierta intolerancia y uso de estrategias drásticas (amarrar a sus hijos) ante la presencia de conductas inadecuadas.

Relata que inicia sus relaciones de pareja con un hombre que no era aceptado por su madre porque consumía alcohol. Su pareja, además de tener un vínculo demasiado estrecho con su propia madre, la hizo objeto de reiteradas infidelidades. Así, ella enfrentó la intrusión descalificatoria y confrontativa de la suegra tanto con ella como con su pareja, lo que contribuyó a generar climas de tensión y llevo a la separación. La relación con su pareja incrementó gradualmente la confrontación y la ambivalencia, no podía estar con él pero tampoco admitía su ausencia. Las confrontaciones crecieron en intensidad llegando al punto de los golpes y la denuncia legal. Al momento de la entrevista tenía siete años de haber terminado definitivamente esta relación y no quería otra.

ANA LAURA cuenta con 56 años de edad, estudió secretariado y refiere que desde pequeña empezó a trabajar. Actualmente vive con sus padres y apoya en las actividades del hogar. Quedó embarazada sin haberlo planeado y a pesar de que su pareja no asumió la responsabilidad paternal ella decidió tener a su hija, después de los tres años de vida de la niña su pareja regresa y deciden vivir en unión libre. En esta ocasión la relación dura dos años y nuevamente queda embarazada, la relación termina por el consumo de alcohol frecuente y abusivo de su pareja. En el momento de la entrevista su hija tiene 28 años de edad y su hijo 23, este último está en tratamiento en CIJ por consumo de drogas.

No obstante las carencias económicas de la infancia, actualmente tiene recuerdos positivos de esa etapa de su vida, la convivencia familiar y los cuidados paternos. La familia de origen ha sido uno de sus principales apoyos, tanto por la fuerte cohesión que han mantenido sus integrantes, como porque algunos de ellos gozan de legitimidad, jerarquía o poder económico por cumplir por las expectativas sociales convencionales. Esto es de particular relevancia, puesto que el prestigio que otorga a su familia y la devaluación de que ella es objeto ha posibilitado que no cuente con un lugar legítimo para participar en la toma de decisiones familiares. Incluso ha concedido a sus familiares el derecho de intervenir, condicionar, criticar y vigilar su comportamiento, sus relaciones y la forma de ejercer la crianza y el cuidado de sus hijos.

Estas intromisiones han llegado a desesperar o saturar a Ana Laura, al grado de reclamar su derecho a vivir un poco para sí misma. En ocasiones a tomado decisiones en contra de los valores familiares, como relacionarse con un hombre casado, pero de forma encubierta. En general, Ana Laura tolera silenciosamente las críticas y agresiones hacia ella y sus hijos.

Recientemente la familia de origen se ha visto afectada por la muerte del padre y de uno de los hermanos, favoreciendo cierto distanciamiento familiar. En su relato Ana Laura menciona algunas problemáticas familiares, desde que su hermano no mantenía buenas relaciones con su esposa, infidelidades, hijos fuera del matrimonio y un hijo consumidor de drogas o su hermana con la cual guarda cierta identificación, porque además de ejercer el cuidado y crianza de sus hijos sin apoyo de la pareja, no suele juzgarla.

De su madre, comenta que le molesta la forma como ha marcado diferencias, preferencias y atenciones en el trato con sus hijos y los hijos de su hermana que sí está casada, y lo relaciona con el resentimiento y aislamiento que actualmente muestra su hijo.

ÁNGELA tiene 61 años de edad, estudios técnicos de enfermería y desempeña actividades del hogar. No obstante estar separada desde hace 15 años de su pareja, recientemente inició tramites de

divorcio debido a que la pareja actual de su ex-consorte se los está exigiendo. Durante el matrimonio Ángela procreo dos hijos, una hija de 30 años y un varón de 27 años, quien actualmente está en tratamiento por su consumo de drogas.

Para ella su familia de origen ocupa un lugar relevante, tanto porque ha estado con ellos la mayor parte de su vida -aún cuando estuvo casada-, como porque considera que a pesar de las necesidades materiales que enfrentó por precariedad económica, no se compara con lo que sufrió estando casada. Mantuvo relación con un hombre usuario de alcohol y otras drogas que la hizo objeto de infidelidades y maltrato, no obstante, ella no quería terminar con la relación por temor a no saber qué hacer sin pareja. Le brindó oportunidades para que cambiara, al no lograrlo, termina la relación y se da cuenta de que sí podía sacar adelante a sus hijos.

Después de la ruptura tiene confrontaciones con su ex-esposo, que logra convencer a su hijo para que se vaya a vivir con él. Esto –según ella- influye en su hijo, que deja la secundaria, se involucra en el consumo de drogas y vive en concubinato, procreando a su vez dos hijos. El concubinato se deshace y la pareja de su hijo no le permite ver a los niños. Ángela, se cuestiona severamente por qué dejó ir a su hijo y piensa que no lo ayudó lo suficiente, pero cree que a él también le corresponde una parte de responsabilidad.

Al descubrir que su hijo consume drogas y abusa de la confianza de otros familiares tomando dinero, reconoce que ejerce poco control sobre él y busca incorporarlo a un tratamiento. Durante éste percibe cambios que le permiten poner límites y reconocer conductas manipuladoras de su hijo. Su ex-marido quiso ayudarlo a sentar cabeza pero el hijo se sentía muy vigilado y criticado por su padre.

En lo dicho por las entrevistadas se advierte que su contexto sociocultural las provee de un tiempo y un lugar socialmente determinados que las coloca en la precariedad y la desorientación²⁹, donde enfrentan problemáticas y demandas sociales que independientemente de sus esfuerzos, parecen mantenerlas carentes económica y afectivamente. En sus narraciones aparece recurrentemente la ruptura con padres, pareja o hijos y el temprano e injustificado maltrato. Algunas de ellas dan cuenta del consumo de alcohol del padre y de situaciones que ponen en riesgo su integridad física. Los relatos muestran relaciones de confrontación intrafamiliar e indefinición de lugares y funciones tanto en la familia de origen como en la actual.

POSICIONAMIENTO DE LAS MUJERES

El posicionamiento subjetivo implica la construcción subjetiva de discursos del yo, de una imagen identitaria de sí donde por medio del lenguaje el sujeto construye un lugar del yo o su singularidad, tomando en cuenta aspectos evaluativos y definitorios.

Las mujeres para dar cuenta de sí o autodefinirse, recurren a una serie de atributos (parámetros de significación social compartidos) que les permiten dar sentido a la complejidad de su experiencia utilizando diversas imágenes identitarias en las que tienen considerable peso los esquemas normativos de individualización social, género y familia convencional, porque con referencia a ellos suelen definirse prácticas, funciones y formas de relación social, teniendo mayor influencia la transmisión generacional de la familia de origen.

²⁹ Precariedad que no solo remite a los aspectos materiales donde los ingresos siempre son insuficientes, sino también arreglos familiares donde la edad se instituye como limitante, la identidad del género se diluye en cuanto a lugares y función al interior de la familia dando lugar a la desorientación y separación de sus integrantes y a la búsqueda de adaptaciones defectivas.

En las narraciones de estas mujeres puede observarse una pauta de ambivalencia. Las madres expresan deseos de autonomía e independencia cuando, en muchos sentidos son capaces de valerse por sí mismas para resolver los problemas, al mismo tiempo muestran pasividad y sometimiento a la violencia y al maltrato familiar y conyugal. Mientras expresan la intención de velar por sus hijos dan cuenta del agudo deseo de librarse de ellos y así sucesivamente. En esta ambivalencia puede reconocerse la influencia de construcciones identitarias que las atan a una imagen estereotipada de sí aún cuando en ocasiones aprovechen los recursos de ajuste con que cuentan (estudios, disponibilidad de empleo, centros de atención psicológica) y tomen decisiones donde se afirman a sí mismas y ganan independencia.

En las relaciones de pareja las mujeres parecen mantener la expectativa de formar una relación estable y ajustarse al esquema de la “familia nuclear”. La idea de entablar una relación conyugal aparece vinculada a la expectativa de satisfacer necesidades básicas de aceptación, reconocimiento y afecto, incluso a costa de aceptar la realidad y reiteración del maltrato. La presencia de esta expectativa se advierte en las condiciones en que se produjeron sus matrimonios, establecidos y aceptados como alternativa frente a necesidades afectivas no resueltas, aun a costa de altos costos para ellas. Parecen experimentar maltrato y sometimiento en la tolerancia y aceptación naturalizándolos y atribuyéndose incluso la responsabilidad de su existencia. Entre las mujeres entrevistadas hubo quienes aceptaron sostener económicamente a su consorte, privilegiando sus necesidades en detrimento de ellas mismas y aún de sus hijos.

De acuerdo a la imagen de “abnegación” y bajo el imperativo de “darse a los otros” que rigen la construcción de la identidad femenina como madre-esposa, las mujeres asumen prácticamente solas el cuidado de los hijos y el hogar, así como la responsabilidad de mediar entre los hijos y unir a la familia. Pueden definirse a sí mismas como madres carentes estructural, material y simbólicamente del padre³⁰, lo que les impediría asumir funciones de autoridad y tomar decisiones con relación a los hijos y el hogar. Entre las entrevistadas algunas no participan en las decisiones familiares porque otorgan mayor validez a la participación de la hermana que sí está casada, a la de aquélla que aporta los recursos económicos o a la de la madre. La madre sola, a partir de asumir los imperativos del modelo patriarcal de familia y de ser colocada bajo la imagen social de “madre de familia”, resulta objeto de culpabilización por parte incluso de los hijos, ella misma duda, se culpa y “reconoce” haberse equivocado y fracasado en su deber.

Junto con sentimientos de culpa y fracaso, vinculados también con experiencias de su infancia y juventud, presentan una imagen de sí caracterizada por impotencia, inseguridad, dependencia e incapacidad para valerse por sí mismas. A la percepción de fracaso e incompetencia frente a las obligaciones maternas contribuye en gran medida la incompatibilidad entre las obligaciones laborales y el cuidado de los hijos, situación que parece atenuarse cuando cuentan con ingresos económicos estables. El trabajo entonces puede funcionar como soporte social y simbólico que les permitiría reconocerse competentes.

Frente al consumo de drogas de sus hijos, las mujeres aducen dificultad para darse cuenta de las cosas, argumentando aislamiento, fragilidad e incapacidad para enfrentar los problemas. La falta del padre y la idea de haberse equivocado parece determinar la manera dependiente como las mujeres se sitúan frente al dominio del otro carentes de certeza y pasivas, no obstante haberse mostrado capaces y con recursos para sostenerse a sí mismas. Como resultado de esto pueden ser objeto de crítica, hostilidad, rechazo social y vigilancia.

³⁰ Se relacionan los estilos de vida con los estereotipos construidos alrededor de la familia monoparental. Pobreza y falta de control y seguridad en ausencia de la figura paterna, cuando en la realidad sus parejas nunca les proporcionaron eso.

Por otra parte se reconocen violentas y represivas frente a los problemas de sus hijos, particularmente con aquél que consume drogas. Algunas de las entrevistadas comentaron que se sentían atrapadas, que sus hijos las asfixiaban, experimentaban enojo contra ellos y contra sí mismas por no poder controlarlos como desearían, al mismo tiempo les preocupaba la posibilidad de que el hijo no pudiese resolver sus problemas.

Visto de esta forma el consumo de drogas y las relaciones familiares tiene como resultado el posicionamiento de las mujeres en un lugar sufriente que las desgasta y desalienta, llevándolas a padecer grandes niveles de “estrés” y trastornos psicósomáticos como cefaleas o depresión.

Estas características con que las mujeres se autodefinen e individualizan responden a determinaciones sociales e instituciones dominantes que de esta manera se legitiman y dan pauta a la construcción de identidades que las fortalecen y prolongan en el tiempo (Castells).

RECONSTRUCCIÓN GENÉRICA DE LOS RELATOS

A fin de dar forma a su experiencia familiar, las mujeres recurren a elementos narrativos aportados por la cultura (Brunner, 1990), los reflexionan y plasman en la memoria como parte de su biografía y en el momento de enunciarlos les dotan de una significación o sentido que los torna comprensibles aun cuando los contenidos particulares parecieran dispersos, ambivalentes, confusos o contradictorios. Es equivocado entonces pretender dar cuenta de ellas sustancializando fragmentos, elementos positivos o solo negativos, porque ambos las constituyen pero no las definen.

Aquí renunciamos a dar cuenta de la identidad de estas mujeres dada la multiplicidad de referentes y la diversidad de efectos identitarios presentes en las experiencias relatadas. Pretendemos hacer evidente que la identidad que la mujer porta como expresión de sí consciente en su discurso, es subvertida en sus prácticas cotidianas y difícilmente sostenida como única y definitiva. Esto implica que no podemos definir a la “madre sola”, si no es mediante las alternativas de vida en que esta condición aparece dentro de la estructura social.

Las temáticas abordadas por las mujeres en sus relatos se focalizan en el espacio doméstico, particularmente en áreas que se relacionan con situaciones desbordantes y que dentro del relato funcionan como anudamientos significantes. Infancias carentes de suficientes cuidados o con deficiencias económicas o afectivas que posibilitan vulnerabilidad frente al maltrato y las situaciones de riesgo. Puede presumirse que estas condiciones tienen efectos posteriores en las formas de relación de los sujetos, particularmente con la pareja y con los hijos, incluyendo conductas asociadas con el consumo de drogas, enfrentamientos con la pareja, ruptura de relaciones y ejercicio de la parentalidad como situación desgastante.

En los relatos de las mujeres entrevistadas se advierten cuatro formas narrativas: *fatalismo inminente*, *épica*, *estoica* y *azarosa*. El fatalismo se advierte en aquéllas situaciones donde las mujeres han sido objeto de maltrato injustificado por parte de los padres, la pareja o los hijos y la adversidad aparece como inminente, mistificada y parte del destino. En la forma épica surgen contingencias que trastocan o desajustan la vida de las mujeres, quienes finalmente encuentran fuentes de apoyo, negocian formas alternativas de relación y aceptan sus fallas. Las experiencias funcionan aquí como aleccionadoras para la propia vida. El estoicismo es la forma que aparece con mayor frecuencia. Sobre la base de estereotipos sociales las mujeres parecen impelidas a mostrar que pueden resistir innumerables situaciones adversas como parte de su responsabilidad y destino como madres. Así también deben soportar diversos males como justo resultado del error o equivocación de no tener pareja. En esta forma estoica de la narración las mujeres no se aprontan a buscar soluciones, solo se

aposentan en la resignación. Finalmente, en la forma azarosa del relato, las mujeres esperan un golpe de suerte que mejore su situación o que al menos no la empeore, se colocan bajo el abrigo de la suerte o el azar.

Las historias suelen finalizar con la esperanza *de salir adelante*, de salir estoicamente adelante.

ESTRUCTURAS DE OPORTUNIDAD Y LO QUE NO ESTA FUNCIONANDO

En las narraciones de las mujeres se reconstruye su experiencia familiar mediante una diversidad de fragmentos contradictorios y en ocasiones muy diferentes entre sí. Sin embargo, la integración de estos fragmentos refiere singularidades en términos de enfrentamientos y obstáculos al interior de la unidad doméstica. Por eso es conveniente, más que observar de manera aislada las circunstancias y comportamientos narrados, conviene preguntarse cómo es que las mujeres los han articulado y les han dado sentido. Aquí se distinguen las experiencias de oportunidad de aquéllas que pueden constituirse en obstáculos, advertir cuáles contingencias pueden facilitar y cuáles obstaculizar el acceso al bienestar. La experiencia subjetiva de las mujeres califica la percepción de oportunidad u obstáculo y siempre es relativa, lo que para unas es oportunidad, para otras puede no serlo.

Hubo quienes realizaban sólo las actividades del hogar y al concluir su relación de pareja tuvieron que incorporarse en una o varias actividades laborales para cubrir las necesidades del hogar. Comentan que al principio se sentían incapaces para satisfacerlas, pero una vez comprobaron que podían, les representó una oportunidad para reafirmarse, ganar autonomía, disminuir conflictos, tomar decisiones y romper en definitiva con vínculos que le resultaban dañinos, con la pareja o con la familia de origen.

Dos de las entrevistadas delegaron su manutención a familiares, una a su madre y otra a su hija, la primera al ceder el lugar del proveedor a la madre perdió autoridad y derecho a participar en la toma de decisiones en el hogar, dando lugar a la intervención intransigente y vigilante de la madre. La segunda se tornó dependiente de la hija y en ocasiones de su propia madre a quien ocasionalmente apoya en las actividades del hogar. En este caso la autoridad se deposita en la madre y la hermana que aporta económicamente, ellas son las que deciden.

Los ingresos económicos preocupan cotidianamente a las mujeres porque sus actividades laborales son por lo general, escasamente remuneradas. Por otra parte, el trabajo les obliga a diversificar sus actividades y su tiempo se ve muy acotado. A pesar de estas limitantes, reconocen que su situación es mejor que cuando vivían con sus consortes ya que entonces, además del maltrato, llegaban al extremo de mantenerlos económicamente sin tomar en cuenta sus propias necesidades y las de sus hijos.

Como soporte social significativo identifican principalmente a la familia de origen que les dotó de un lugar a donde ir cuando se separaron de su pareja, alimentos y ambiente familiar. Empero, los apoyos familiares en ocasiones resultan costosos, pues suelen implicar la aceptación del juicio de ilegitimidad como familia y la renuncia a la autoridad familiar. En estas condiciones son objeto de crítica, deslegitimación, rechazo, censura y hostilidad de los familiares, sin embargo, no puede negarse que estas redes sociales les proporcionan apoyo. Sólo una de las mujeres refiere que en su condición de *madre sola* ha recibido ayuda externa, de instancias sociales y de vecinos, con lo que ha podido afrontar situaciones para ella desbordantes.

Lo anterior permite señalar que las trayectorias relatadas por las mujeres dan cuenta de escaso soporte social fuera de la familia, lo que tiene sentido ya que su vida gira por lo regular alrededor de

sus funciones parentales. Esto tiene también consecuencias y limitaciones respecto a procesos de reconocimiento de sí mismo y de los otros, además de un déficit de espacios nutricios de confianza, soporte, afecto y experiencia de los demás.

En cuanto a los hijos, estas madres manifiestan el compromiso de apoyarlos y así unos y otras hacen uso de recursos sociales y de salud para enfrentar el consumo de drogas, lo que ha servido tanto para atenuar el deterioro relacionado con el consumo, como para mejorar las relaciones parentales o por lo menos reducir las confrontaciones. El apoyo social les ha permitido a ellas identificar hasta donde les corresponde actuar sin suplantar la responsabilidad de los hijos. Sin embargo para la mayoría estos apoyos no han sido suficientes, refieren agotamiento frente a los problemas crecientes con los hijos, sienten que se han amargado la vida y que han sido violentas. Tres de ellas dicen sentirse atrapadas y quisieran que sus hijos se fueran de su vida, aunque sobre este deseo se coloca su responsabilidad materna.

En las trayectorias familiares narradas se perciben transiciones, postergaciones, derrotas y logros que implican experiencias, necesidades y apoyos donde las posibilidades parecen diversificarse a cada momento y en una misma mujer. En ocasiones las mujeres son capaces de utilizar los recursos a los que tienen acceso desde su lugar social, mientras que en otras se muestran pasivas y dependientes. Esto no implica necesariamente incoherencia o contradicción, solo evidencia la compleja transición entre las oportunidades que la posición o coyuntura social otorga y la capacidad del sujeto para valerse y ponerse al servicio de sí mismo y hacer uso de los recursos a los que tiene acceso (Márquez, 2002) en las diferentes experiencias de su vida.

En esto puede advertirse la identidad de dependencia y el cuidado orientado hacia los otros en donde suelen colocarse la mayoría de las madres entrevistadas negando su capacidad de acción y sus logros. Mujeres que mostraron ser autónomas e independientes en alguna parte de su trayectoria, retornan a situaciones de dependencia respecto a la pareja o la familia de origen.

Las mujeres conceden gran importancia a los afectos y es en esta área donde enfrentan uno de sus principales problemas, desde la carencia afectiva en la familia de origen, hasta sus relaciones de pareja y con los hijos. En este sentido, Linares [1996] otorga un lugar central al amor complejo o como él lo llama nutrición relacional, que tiene que ver con la capacidad de los vínculos para proporcionar soporte y satisfacción de necesidades psicosociales básicas, favoreciendo la cohesión de grupo en términos de reconocimiento, aceptación y valoración. Según Linares, la dimensión emocional relacional, posibilita transmitir e intercambiar amor y muestras de ternura.

Los relatos muestran el conocimiento y uso de las capacidades y recursos con que cuentan las mujeres quienes sin embargo expresan carencia y dependencia. Al respecto Márquez (2002), señala que las circunstancias y posiciones del sujeto en la estructura social pueden implicar una estructura de oportunidad al ofrecerle recursos como bienes, servicios o el desempeño de diversas actividades, la articulación de estas condiciones con soportes sociales y simbólicos³¹ puede favorecer el proceso de individualización del sujeto, favoreciendo su autonomía y el descubrimiento de alternativas y puntos de apoyo para realizar proyectos vitales. Sin embargo, esto depende de la reflexividad y capacidad del sujeto para reconocer que puede valerse de los recursos, identificar lo posible y abrirse oportunidades, si no existe reflexión sobre la experiencia social la apropiación se torna difícil. La estigmatización y la ausencia de modelos en las mujeres entrevistadas parece limitar su imaginación y favorecer una percepción de la experiencia social donde las explicaciones se limitan a esperar golpes de suerte o identificar el infortunio como destino, no hay certezas ni deseo de transformación.

31 Entorno de sociabilidad significativo que le permite al sujeto pensarse con relación a sí y a los otros y con ello reconocerse como un igual y como un otro

La construcción de la identidad observada en las entrevistadas parece legitimar estereotipos sociales asociados con la autopercepción de sujetos dependientes, incapaces de responder a las demandas del entorno. Estereotipos relacionados con la familia convencional y la identidad de género, en ellas operan como instrumentación de dictados hegemónicos que las impelen a reforzar estructuras normativas socialmente aceptadas, especialmente elementos identitarios transmitidos por la familia de origen.

Esta situación refuta la cotidianidad de las mujeres que las muestra capaces de desarrollar procesos de individuación, donde hacen valer para sí las estructuras de oportunidad y apoyo social. Empero, en su autopercepción se describen como equivocadas, carentes, endebles y dependientes. Esta mirada sobre sí devalúa su desempeño y emociones, llevándolas a experimentar los soportes sociales externos con una importante carga de culpa y castigo. Además, su capacidad para afrontar los conflictos se ve deteriorada e influye negativamente en sus relaciones cotidianas, principalmente con sus hijos y la pareja.

Las estrategias narrativas con que las mujeres dan cuenta de sí y de su experiencia familiar, organizan en el discurso contingencias significativas, dotan de sentido su experiencia y les dan un lugar en ella. Así, los estereotipos sociales vehiculizan parámetros de significación social compartidos que, a modo de atributos constitutivos, permiten a las mujeres hacerse inteligibles para sí y para los otros, incorporándolos en su propio cuerpo sin darse cuenta y asumiéndolos como elementos preconstituidos y prácticas de ley irrevocables, irrefutables, inminentes y determinantes.

Con objeto de coadyuvar las acciones preventivas y de tratamiento en CIJ presentamos algunas sugerencias en las que se consideran las condiciones de existencia de mujeres que ejercen su parentalidad solas. La intención es identificar elementos que fortalezcan su posición dentro de la estructura familiar y apoyen el afrontamiento eficaz y saludable de las demandas cotidianas, particularmente las relacionadas con el consumo de drogas de sus hijos.

1. Considerar a las madres solas tomando en consideración la posición que ocupan en la estructura social amplia ya que sus prácticas familiares no están fuera de ésta.
2. Orientar las acciones preventivas a la promoción de identidades de resistencia o de proyecto que permiten a las mujeres redefinir su posición en la sociedad (Castells, 1997).
3. Promover la reflexibilidad de la mujer favoreciendo que incorpore como elementos identitarios, aquellos eventos donde se mostraron capaces de construir y desarrollar procesos de individuación que les permitieron reafirmarse.
4. Desarrollar habilidades que permitan a las mujeres utilizar los recursos que les ofrecen las estructuras de oportunidad y soporte social, ponerlos a su servicio y con ello afrontar con mayor efectividad las exigencias familiares así como los conflictos que desbordan su capacidad de ajuste.

En particular se sugiere promover que las mujeres:

- a) Se ubiquen subjetivamente en un lugar de mayor legitimidad. Tomando en consideración la existencia de diferentes tipos de unidades domésticas, ser madre sola implica una alternativa más de familia.

- b) Reconozcan el trabajo remunerado como un soporte social y simbólico importante que, además de proporcionar un ingreso estable a la unidad doméstica, permite la organización económica y favorece el ejercicio de su autonomía y autoridad en la planeación y toma de decisiones.
- c) Contemplan a las instancias sociales como apoyo y recurran a ellas ante situaciones que las desborden.
- d) Construyan soportes sociales externos a la familia de origen y a la familia actual.

- Bajtín, M. (1953), *El problema de los géneros discursivos*. En: **Estética de la creación verbal**, Siglo XXI Eds., 10ª ed., México, 1999, pp. 248-293.
- Bal, M. (1980), **Narratology, Introduction to the theory of narrative**, University of Toronto Press, Toronto, 1985.
- Barthes, R (1966), *Introducción al análisis estructural de los relatos*, en **La aventura semiológica**, Editorial Paidós, Barcelona, 1990, pp. 163-201.
- Bertaux, D. (1986), *Los relatos de vida en el análisis social*, en Aceves, J.E. (comp.), **Historia oral**, Instituto Mora, México, 1993, pp. 136-148
- Bruner, E (1990), **Actos de significado**, Alianza Editorial, 1a. reimp., Madrid, 2000.
- Burín, M. & Meler, I. (1998). **Género y familia**. Paidós. México.
- Burín, M. (1983). **Vicisitudes de la reorganización pulsional en la crisis de la edad media de la vida en la mujer**. Publicaciones 67.
- Burín, M. (1990). **El malestar de las mujeres; La tranquilidad recetada**. Paidós. Buenos Aires.
- Butler, J. (199g). *Variaciones sobre sexo y género*. En **El género: la construcción cultural de la diferencia sexual**. PUEG. México: pp. 303 – 32g.
- Butler, J. **Mecanismos psíquicos del poder; Teorías sobre la sujeción**. Ed. Catedra Universitat de Valencia. Instituto de la mujer. 2001.
- Castells, M. (1996), **La era de la información**, vol. I, *La sociedad red*, Siglo XXI Editores, México, 1999.
- Castillo N., Chacón, J.L., Díaz B. González D. **Problemática y Condiciones de Vida de Madres de Usuarios de Droga, en familias con Jefatura Femenina. Estudio de Casos Múltiples**. Centros de Integración Juvenil. Dirección de Investigación y Enseñanza. Subdirección de Investigación, Informe de Investigación 05-1g, México, 2005.
- Chant, Sylvia (1999), *Las unidades domésticas encabezadas por mujeres en México y Costa Rica: perspectivas populares y globales sobre el tema de las madres solas*. En: Mercedes (Coord). **Divergencias del modelo tradicional; hogares de jefatura femenina en America Latina**. Edic. Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), CONACYT y Plaza y Valdez, México, 1999. pp 97-124.
- Córdoba D. (2003). **Identidad sexual y performatividad**. En: Atenea digital, num 4:87-9g
- Denzin, N. K. (1989), **Interpretive biography**, Sage Publications, Newbury Park, 1989. pp1-95.
- Diaz Negrete, D. B., *Discurso de Género en un Relato Biográfico de un Paciente Usuario de Drogas en Tratamiento*, Centros de Integración Juvenil, Dirección de Investigación y Enseñanza, Subdirección de Investigación, Informe de Investigación 05-10, México, 2005.
- Ferro, N. (1991). **El instinto maternal o la necesidad de un mito**. Siglo XXI. España.
- Flores, F. (1989). **Estudios de Género y Feminismo I**, Fontamara. México.
- Flores, F., & Parada, L. (1994). **La representación social de la feminidad en profesionales de la salud mental: posibles repercusiones en la intervención clínica**. Revista Mexicana de Psicología. México. pp. 145-153.

- García F. (1994). *Política y familia en Zacatecas en el siglo XIX*. En **La familia en el mundo Iberoamericano**. Instituto de investigaciones sociales, UNAM. México, 127-142
- Giddens, A. (1990), **Consecuencias de la modernidad**, Alianza Editorial, 2a. reimp., Madrid, 2002.
- Goffman E. (1970). **Estigma; La identidad deteriorada**. Amorrortu editores. Buenos Aires reimpresso 2001.
- Gómez CJ. **La problemática de las jefas de hogar**. Evidencia de la insubordinación social de las mujeres. CIPAF. Santyo domingo. 1990.
- González de la Rocha, M. (1999), *Hogares de jefatura femenina en México. Patrones y formas de vida*. En: Mercedes (Coord). **Divergencias del modelo tradicional; hogares de jefatura femenina en America Latina**. Edic. Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), CONACYT y Plaza y Valdez, México, 1999. pp 125-162.
- Guevara S. **Madresolterismo: estructuras y vivencias en sectores populares**. Academia. Chile.1994.
- Gutmann, M. (1999), *A manera de conclusión Solteras y hombres. Cambio e historia*. En: Mercedes (Coord). **Divergencias del modelo tradicional; hogares de jefatura femenina en America Latina**. Edic. Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), CONACYT y Plaza y Valdez, México, 1999. pp163-172.
- INEGI. (2000). **XII Censo general de población y vivienda**. tabulados básicos. México. <http://www.inegi.gob.mx>.
- INEGI (2005). **Los hogares con jefatura femenina**. México.
- Jiménez, M. (1989). *La construcción del ser mujer desde la vida cotidiana*. En **estudios de género y feminismo I**. Fontamara. México;
- Laclau, E., y Mouffe, C. (1985), **Hegemonía y estrategia socialista**. Fondo de Cultura Económica, 2a. ed., Buenos Aires, 2004.
- Linares, J. L. (1996), **Identidad y narrativa**, Editorial Paidós, Barcelona,1996.
- Ludtke M. (1997). **On our own: unmarried motherhood in America**. University of California Press, Nueva York, 1999.
- Luna - Santos. (2004). **La Reconposición Familiar**. México.
- Márquez, F. (2002). *La vida realizada- la vida postergada; La construcción biográfica en Chile*. En FLACSO. Perfiles Latinoamericanos 21.
- Piña, C. (1989), *Sobre la naturaleza del relato autobiográfico*, en **Argumentos**. no. 7, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1989, pp. 131-160.
- Reséndiz, R. (2001), *Biografía: proceso y nudos teórico-metodológicos*, en Tarrés, Ma. Luisa (coord.), **Observar, escuchar y comprender**, FLACSO, Colegio de México, Miguel Ángel Porrúa, México, 2001, pp. 135-170.
- Sosa R., (2004). *Reconocimiento de la diversidad familiar*. En **MODEM mujer**, red de comunicación electrónica. 21 mayo. México
- Soule M. *Problemas psicosociales de la madre*. En **Centro Internacional de la Infancia. La madre soltera y su hijo**. Ed. Hymanitas. Buenos Aires. 1972.